



www.loqueleo.com/co

Luka y el pasajero oscuro

© Del texto: 2025, Giovanna Zuluaga

© De las ilustraciones: 2025, Ricardo Núñez

© De esta edición:

2026, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá-Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7889-03-3

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición: abril de 2026

Dirección de arte de la colección: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Luka y el pasajero oscuro

Giovanna Zuluaga

Ilustraciones de **Ricardo Núñez**



loqueleq

*A mi monstruo de la infancia,
ese que acechaba debajo de mi cama
y me enseñó que el miedo no siempre muerde.*

*A los miedos que aún me acompañan,
y a mí, por seguir andando...
aunque a veces tiemble.*

*Y a quienes alguna vez se quedaron sin palabras:
sentir miedo no te hace menos valiente.*

... sobre todas las edades permanece mi infancia. Y de ella, primordialmente, el abrazo con la tierra, ese vivir tan cerca del suelo, la panza contra el piso, la igualdad animal, las mejillas palpando la temperatura, escudriñando agujeros, memorizando la extraña geometría de las alfombras.

CONSTANTINO CARVALLO REY,
Tribulaciones de un maestro desarmado

*Ser valiente no significa no tener miedo.
Significa hacerlo, aunque tengas miedo.*

NEIL GAIMAN, *Coraline*

¿A qué le temes?

Si tú dices que no le tienes miedo a nada, probablemente estás mintiendo. Todos le tenemos miedo a *algo*, incluso los que dicen que no. Para mí, esos son los más asustadizos. Se hacen los valientes, pero en una situación extrema, ¡zas!, muestran lo gallinas que son.

9

En mi caso, ese “algo” es la oscuridad. Y no me refiero a una oscuridad cualquiera. Me refiero a esa oscuridad que transforma tu cuarto en una película de terror. Cuando se hace de noche, casi todo cambia de forma. La ropa tirada sobre la silla parece la garra de un monstruo. Una sábana se convierte en un

fantasma. El armario oscuro es una caverna sin fondo. Y la puerta entreabierta... esa es la peor. Esa es la que me quita el sueño.

Si la puerta de mi habitación se abre de noche, despacio, con un chirrido lento, me escondo bajo las cobijas como una oruga. Cierro los ojos con fuerza, me tapo los oídos y repito en mi cabeza: *Esto no está pasando. Es solo mi imaginación.*



Mamá siempre dice que las casas viejas crujen, y la nuestra, que tiene más de cien años, rechina un montón. Papá siempre promete, al menos una vez por semana, aceitar las bisagras de las puertas, pero nunca lo hace.

Tal vez mi miedo no sea exactamente a la oscuridad, sino al aspecto que la oscuridad les da a las cosas. Pero, para no enredarme, lo dejo así: le tengo miedo a la oscuridad. Casi nadie lo sabe, solo mi mejor amigo, Enzo. Nos conocemos desde el jardín infantil y, si existiera alguien que no le teme a nada, ese sería él.

No siempre fui así. Recuerdo que, cuando tenía cinco o seis años, me levantaba por la noche para ir al baño o a la cocina sin encender las luces. Incluso dormía destapado cuando hacía calor. Pero todo cambió hace poco más de un año, el día que cumplí siete.

Mi hermana Olga, que tiene tres años más que yo, se puso celosa por todos los regalos que me dieron. Así que decidió hacerme una broma de muy mal gusto. Fingió estar dormida, esperó a que todos se acostaran y se metió dentro de mi armario, en silencio.

La puerta crujió.

Solo un poco.

Lo suficiente para que mi corazón se congelara.

No vi nada. Pero *sabía* que algo estaba ahí, espiándome desde la rendija.

Olga se había puesto una máscara blanca con ojos negros y un agujero por donde se asomaba la lengua. Encima de la pijama tenía un suéter negro con capucha. Esperó a que el reloj marcara la medianoche y, entonces, ¡pum!, salió del armario directo hacia

mi cama, como un monstruo vomitado por la oscuridad.

Grité como nunca. Olga trató de taparme la boca para que mis papás no oyeran, pero fue demasiado tarde. A los diez segundos, mamá ya estaba en medio de la habitación con una sartén en una mano y el bate de béisbol en la otra. Papá, desde la puerta, solo miraba la escena con cara de “¿qué rayos está pasando?”.

13

Él es como yo: desconfiado, medio nervioso. Olga, en cambio, es idéntica a mamá, no solo en la cara, también en la forma de ser.

Esa noche dormí a pedazos, como si mi cabeza fuera una colcha de retazos formada por todas las cosas que causan los sueños más escalofriantes. Cerraba los ojos y me parecía ver de nuevo aquella máscara blanca de ojos negros. O escuchaba ruidos que

venían de los rincones de mi cuarto. Incluso me daba miedo estirar la mano hasta la mesita de noche para encender la lámpara. Y cuando el sueño me vencía tenía pesadillas, soñaba con cosas sin forma, un trapecio con ojos, un abrigo gigante que se movía como si tuviera pies. Ninguno de esos sueños tenía sentido, pero me asustaban igual.

Antes, la oscuridad era solo eso: falta de luz.

Ahora...

Ahora hay cosas que se mueven cuando no las miro.

Y una puerta entreabierta puede ser el inicio de una pesadilla.

Mis papás me compraron una de esas lamparitas que siempre está enchufada por las noches, de las que dan una luz tenue y